

El episcopado eclipsa, bajo todos conceptos, la conquista y el gobierno; ¡y tales son su naturaleza y su omnipotencia, que haria perdonar hasta la usurpacion!

En una palabra, todos los otros grandes hombres, hablan ó escriben á veces cosas *sublimes*: solo el sacerdote las hace.



SEGUNDA PARTE.

LA MAGNIFICENCIA DEL SISTEMA DE FILOSOFIA Y DE ENSEÑANZA DEL SACERDOTE.

« Una verdad, aquí solamente, es todas las verdades. »

La verdad en materia de religion, es decir la verdad de los derechos y de los deberes, y de los seres morales ó materiales dogmáticos que son su base, no puede ser y no es en efecto otra cosa, para un hombre y por consiguiente para todos los hombres, mas que el medio de ser feliz en la vida presente y en la vida ulterior.

Debe ser facil de conocer;

Debe tener un caracter;

Visible,

Irresistible,

Perpetuo;

Sin lo cual Dios, que es el principio de la ver-

dad y del hombre que tiene necesidad de la verdad, sería injusto, es decir no existiría. Es menester repetirlo una y mil veces, porque nada puede decirse mas capaz de hacer temblar el entendimiento humano, no hay error que, en un último análisis, y en una cabeza consecuente, no remate en ateísmo ó en demencia, como no hay verdad que no conduzca en linea recta al cristianismo organizado, aplicado, perfeccionado, ó, en otros términos, al catolicismo.

Así es que la facilidad de la prueba de las verdades, bajo el imperio de un Dios esencialmente bueno, está siempre en razon de su importancia para los hombres; de modo que si nos preguntan porque vamos á ventilar, en tan pocas palabras¹, la enciclopedia é infinitamente grande cuestion de la triple verdad del dogma, de los derechos, y de los

¹ Los mas grandes hombres usuales que han tratado mejor en volúmenes del magnífico y enciclopédico asunto que nosotros demostramos en pocas páginas y á veces en pocas líneas, gracias á ellos tal vez, son sucesivamente, y los últimos siempre los mas útiles, pero no los mas grandes: — los padres y los doctores de los primeros siglos, y sobre todo del cuarto, que puede llamarse el grande, analizados por el juicioso Tricalet. — En la edad media, el eternamente admirable Santo Tomás de Aquino; — y en los tiempos modernos, Luis de Lesclache, la Chetardie, Para du Fanja, inmortal triunvirato de genios olvidados ó desconocidos. Fenelon, de cuyo *Cristianismo* ha hecho una esposicion tan habil el presbítero Dupanloup. — Liguori y Muzzarelli, y sobre todo tal vez, porque es mas irrecusable, habiendo sido protestante, Leibnitz, cuya última, mas perfecta y acaso única obra perfecta es la *esposicion de la doctrina católica*.

deberes, solo una cosa podemos responder: ¡porque es grande!

En un siglo en que los libros se multiplican de un modo espantoso, el escritor verdaderamente útil no es el que hace libros sino el que dispensa de tenerlos; y nunca nos ha sido tan necesario un corto número de obritas como desde que tenemos muchísimas obras muy voluminosas.

Los principios de verdad han de ser necesariamente ó cosas ó personas.

Pero una tabla ó un libro escrito (las *Tablas Moaiscas* ó la *Biblia*), las solas cosas materialmente susceptibles de mostrar la verdad, suponen necesariamente uno ó muchos escritores, es decir personas. En segundo lugar, no pudiendo estas tablas ó este libro (aun cuando no sea mas que á causa de la variacion inevitable del language y de la escritura) estar al alcance de todas las inteligencias y servir para el uso de todos los tiempos, suponen intérpretes actuales, es decir personas; de modo que no puede haber en rigor mas que PERSONAS, hombres en fin, por principio de la verdad con respecto á los hombres.

Resta saber si podemos hallar la verdad que nos es necesaria en nosotros mismos, ó si por el contrario solo otro puede enseñárnosla.

El agua se evapora en el vaso destinado á contenerla: la planta se seca, privada de la tierra encar-

gada de *hacerla* crecer y desarrollarse : el *cuerpo*, en vez de ser generador, es impotente cuando se repliega en sí mismo : el ojo que no se ve á sí propio, ve todas las demas cosas¹ : el *corazon*, separado de la *inteligencia* que le manifiesta sus deberes de caridad para con sus semejantes, cae en el egoismo como en un sepulcro. Y lo que es cierto aplicado á la materia, lo que es cierto aplicado al corazon del hombre ; no ha de serlo aplicado á su espíritu ! ¡Y qué ! los elementos de la materia no tienen que temer mas que de parte de los elementos materiales como ellos, y sin embargo, todos lo reconocen, necesitan apoyo, ¡y rehusaremos una regla al espíritu humano, que de cualquier cosa se admira, y que tiene por adversario un corazon mas vasto para anhelar satisfacciones que capaz es él, por ilimitada que sea su capacidad, para concebirlas !

Así, pues, no en nosotros mismos, sino en los otros, es donde podemos hallar el principio de la verdad; y mas necesidad tenemos de un hincapié para levantarnos á nosotros mismos que Arquímedes para levantar al mundo :

Dic ubi consistam : cælum terramque movebo.

Si se le presenta á un hombre, para convencerle de la verdad en materia de religion, la autoridad de

¹ *Ut oculus, sic animus, se non videns, alia cernit.* CICERON.

un hombre, dirá : ¿Qué mas es ese hombre que otro que la niega ? ¿que yo, que no creo en ella ?

¿La autoridad de un grande hombre ? Pero la grandeza no está definida. Y por eso dirá : A ese grande hombre opongo otro grande hombre.

¿La autoridad de un pueblo ? Esto es presentar, bajo otra forma, las razones anteriores, porque ¿qué es un pueblo sino una coleccion de grandes hombres y de hombres vulgares ?

¿La razon del número, el juicio de la mayoría, la opinion pública, la soberanía del pueblo, la autoridad universal en fin ? porque todas estas expresiones ó no significan nada, ó significan la misma cosa.

Pero ¿es tan facil calcular en esta materia ? Seria preciso no solo contar todos los hombres, que son innumerables, mas tambien contar sus opiniones, que no siempre conocen ellos mismos y que no es posible deducir de sus acciones.

Ahora bien, lo que es tan difícil de hacer no se puede intentar, y sobre todo aun cuando se hiciera, el resultado no satisfaria á todos.

Pero admitimos que sea posible exhumar al género humano y hacerle deliberar y votar, aun cuando no sea mas que sobre las verdades fundamentales (como la inmortalidad del alma, el juicio universal, las recompensas y los castigos de la vida futura, y la existencia de Dios), los que no temen

esperar la prueba de estas verdades religiosas ¿estarían bien seguros del resultado? El hombre á quien quieren convencer ¿no podría decirle? «Yo no puedo juzgar del número de los que profesan tal ó cual doctrina, en tal sociedad ó en tal tiempo, sino por el corto número de los hombres que la historia me hace conocer ó que han dejado sus opiniones escritas, ó por el corto número de contemporáneos que yo conozco. Ahora bien, de cada dos hombres ó dos libros históricos, en general, creo que puede hallarse uno, por lo menos, si no que niegue, cuando menos que dude.

La autoridad de un hombre, la autoridad de un grande hombre, la autoridad de un pueblo, mas diremos, la autoridad universal se pueden recusar, ó por lo menos, se recusan. ¿Será por ventura mas feliz la autoridad de los gobiernos políticos? pero siempre se han visto y hoy se ven mas que nunca, unos gobiernos de una opinion y otros gobiernos de otra.

Mas diremos : los que profesan, como Religion del Estado ó de la mayoría, la Religion católica, son menos en número, con mucho, que los que no la profesan.

Resta la autoridad del gobierno religioso, la autoridad única de la Iglesia única, la autoridad del Papa, la autoridad del obispo; y ó esta autoridad

es nada ó es la autoridad de un sacerdote. El soberano pontífice no existe, han dicho sucesivamente Bellarmin, Bossuet, Liguori y el conde de Maistre, mas que para instituir é inmortalizar el simple sacerdocio.

Cuando consideramos en la historia bien leida y bien entendida, el origen y el fundamento único de esta magnífica autoridad, la única que arranca desde los patriarcas y desde Adán, para llegar hasta nosotros, sin interrupcion :

Cuando la consideramos con la gerarquía única de sus concilios, de sus doctores, de sus cardenales, de sus arzobispos, de sus obispos, de sus sacerdotes, de sus órdenes, de sus seminarios, de sus fieles, obrando, todos juntos, como un solo hombre :

Cuando la consideramos, sola con toda la pompa de sus ornamentos, con el esplendor de su palabra, con el prodigioso número de sus libros, con las solemnidades de su culto, con la elegancia, la elevacion y la magnitud de sus templos, en las mas pequeñas aldeas como en las mas grandes ciudades de la tierra :

Cuando la consideramos, sola, con su sede, en la mas ilustrada definitivamente y en la mas célebre de las partes del mundo, en la ciudad capital que se halla como rodeada de todas las otras ciudades capitales, en Roma en fin, y como en el centro¹, es decir, en el sitio mas visible de todo el

¹ «Dios es, en materia de religion, el intérprete natural de todos

universo, que la mira y que ella atrae hácia sí;

Cuando consideramos en fin la autoridad de la unidad;

Sola, con todos los atributos del esplendor:

Sola, enseñando la verdad por medio de sus órganos indignos igualmente que por medio de sus órganos mas virtuosos:

Sola, entre todas las autoridades y todas las instituciones humanas, siempre atacada y siempre victoriosa:

Sola, obedecida por las mas grandes naciones y por los hombres mas grandes de todas las épocas:

Quedamos estáticos de admiracion, y la miramos como el único principio visible y por consiguiente como una demostracion de la verdad del dogma, de la verdad de los derechos y de la verdad de los deberes en punto á religion.

¿Y qué otra autoridad que no fuese una autoridad única podia hallarse en armonia con una fé, con una ley, con un bien, con una verdad, con un espíritu y un corazon humanos, con una sociedad, cosas todas esencialmente únicas? La verdad, en

los hombres, habiendo escogido de intento, el *Medio de la tierra*, PARA DICTAR DESDE ÉL SUS ORACULOS. » (SOCRATES, República de PLATON, lib. IV). ¿Y qué vengan á decirnos, en vista de tales instintos griegos ó romanos, que hasta la misma religion pagana, bien entendida, no era una verdadera preparacion evangélica! No está distante el dia en que se escribirá un libro titulado: *El catolicismo del paganismo, ó la iglesia romana probada con las ideas de los filósofos antiguos mas ilustres*.

efecto, es única: el error solo es multiforme, así como desde un punto á otro puede haber una infinidad de líneas curvas y una sola recta. Si se pudieran imaginar mil millones de católicos, todos ellos no tendrían mas que un *pensamiento*, como no tendrían mas que un *corazon y un alma*; y en los quinientos millones de disidentes que hay, á lo que parece, parece tambien que hay *quinientos millones de pensamientos* diferentes. Y nada tiene de extraño: los unos beben la luz en su fuente: los otros la buscan en si mismos, es decir, donde no puede estar, y cada uno de ellos dice, como el Romano de Corneille:

En Roma no está ya Roma,
Toda está donde yo estoy.

Y ademas ¿qué otra autoridad que no fuese una autoridad única podia ser visible? Es propiedad de las cosas semejantes y que abundan, no ser notadas, como lo es de las cosas únicas, es decir extraordinarias, el saltar á los ojos.

Pero, dicen ¿por qué Dios no ha hecho un milagro para mostrar la verdad? Porque la autoridad única, la sola que es siempre visible y siempre subsistente, es verdaderamente un milagro y aun el mayor de todos los milagros.

Esa autoridad, nos dicen tambien, la componen hombres y los que la han hecho, son hombres. Sin duda; pero en el sistema dado de la humanidad (y

ciertamente no podemos salir de él), ¿podía Dios emplear mejor ni aun otro ningún medio que los hombres para hablar á los hombres?

La autoridad de la unidad, cuya evidencia actual no es posible negar, no ha existido, añaden, en todos los tiempos; aun hoy día no existe para todo el mundo. Es una temeridad, mas diremos, es una impiedad creerlo: porque, si Dios existe, existe para todos los hombres, y siempre ha sido justo y bueno con todos. Si no hemos hallado la unidad ó su equivalente en todos los tiempos, si no la hallamos hoy en ciertos países del mundo, es porque no la hemos buscado bien ó porque Dios no ha creído que nos seria útil descubrirla. Lo único que nos importa, y que nos debia Dios, es tener, durante nuestra vida, para nosotros mismos, una señal actual y evidente, y esta señal la tenemos¹.

No podría haber mas que un caso en que la voz del pueblo seria verdaderamente la voz de Dios, en que la autoridad universal seria en fin una autori-

¹ La existencia y la unidad del cristianismo, es decir de Jesucristo y de sus sucesores, desde el primer siglo de la era nueva hasta nuestros días, no han cesado de ser predicadas y han podido ser creidas hasta en las mas apartadas regiones del globo. Los apóstoles, sus sucesores, y los antiguos misioneros, como los nuevos, que han llevado la palabra en nombre del cabeza visible de la iglesia no se han detenido (la historia lo comprueba) sino donde cesaba el universo, y así como antiguamente parecia que faltaba tierra para la ambicion de Alejandro, así ha faltado para la caridad de

dad: este caso seria aquel en que, por el prodigioso efecto de un poder prodigioso tambien, la autoridad única hubiera producido la armonía que le constituye; pero entonces, la autoridad universal, en vez de destruir la autoridad única, la comprueba, porque la supone ya existente, y digámoslo así, porque la refleja.

Por lo demas, nunca se debe contar los votos, sino pensarlos: la razon del número es una monstruosidad en lógica: ni aun en el campo de batalla se concibe siempre.

Todos los atributos de la autoridad única emanan de su esencia misma ó de su unidad.

Es infalible en sus decisiones generales, y sobre todo en sus decisiones particulares en el tribunal de la penitencia.

Es intolerante en su voluntad.

aquellos. Si esto no obstante hubiese habido ó hubiese hoy *un solo* salvaje para quien no haya sido ó no sea visible la unidad de la iglesia, seria menester, una de dos, ó que este hombre hubiese tenido otro medio de reconocer la verdad, ó bien que la haya perdido de resultas de los crímenes que forman, como nadie ignora, el derecho comun de las tribus salvajes y cuyo primer castigo es el embrutecimiento de la inteligencia. No hay arbitrio: ó Dios no existe, ó haria en caso de necesidad que bajara del cielo un angel para manifestar á un solo hombre la verdad. Cuanto mas se discurre sobre las objeciones hechas á los dogmas de la iglesia católica, mas se convence uno de que se dirigen menos, en el fondo, á sus propios derechos ó á los atributos que reconoce en Dios que á la existencia misma de Dios.

Si una sola vez fuera falible, la verdad seria un momento incierta, y ya hemos visto que, bajo un Dios esencialmente bueno, debia ser siempre evidente.

Si tolerase voluntades estrañas, voluntades diferentes de las suyas, y sobre todo voluntades que les son contrarias, dejaria de ser la autoridad única: habria tantas opiniones como voluntades, y los hombres no sabrian donde buscar la verdad.

Pero este doble caracter de infalibilidad y de intolerancia, que atribuimos á la autoridad única, debe entenderse con cordura.

Aun cuando falla sobre los derechos, sobre los deberes y sobre las creencias dogmáticas que son su cimiento, la autoridad única no es infalible sino con respecto á los hombres; es falible y responsable, en su cualidad de hombre (porque ha podido engañarse ó engañar, aunque no sea mas que en los *motivos* interiores de sus decisiones) con respecto á su propio autor, con respecto á Dios, y esta es la razon porque ha empezado por someterse á un director para prescribir á los otros la misma sumision.

Es intolerante, pero con los errores de los hombres, jamás con su conducta: ruega, enseña, estimula, avisa, reprende: declara que se la ha desobedecido, que el inobediente no forma ya parte de su familia; en una palabra, escomulga. Aquí

acaban su mision y su poder, porque aqui empiezan la mision y el poder de la autoridad politica. Bajo el yugo eminentemente suave de la Iglesia, la voluntad, la accion del hombre es libre, su espiritu solo no lo es.

Y preciso es, en último análisis, que este doble caracter de infalibilidad y de intolerancia en la autoridad única sea muy legitimo: es necesario y, digámoslo así, inevitable. Nunca un hombre podrá disputársele sin atribuirsele á si propio. El súbdito que dice á la autoridad: « Me engañas ¹, » dice en este mero hecho: « Yo no me engaño » y cuando imputa como un crimen su intolerancia á la autoridad, es por lo mismo esclusivo, y en mas alto grado, pues que es esclusivo de la autoridad. Nunca el poder es mas intolerante con el error (hartas veces lo es menos) que sus enemigos con la verdad.

En una palabra, todos somos, y debemos ser esclusivos de nuestros adversarios; ¡y querriamos que solo la autoridad aceptase los suyos!

De modo que la oposicion, que es á veces un de-

¹ M. de Lamennais se sobrepone al Papa y le trata de ese modo en su *Miscelanea tercera*: « Acusan á la Polonia de haber tomado las armas y la exhortan á la sumision. ¿Ignora el Papa por ventura que la sumision es el destierro, las minas, el patíbulo? » — No; el Papa lo sabe. ¿Ignora M. de Lamennais que la *sumision* fué para el Señor (autoridad que no ha recusado), en efecto, la cruz, es decir el patíbulo de entonces?

ber en política, no puede menos de ser siempre, en religion, un crimen.

Hemos demostrado los atributos espirituales de la autoridad única: vamos ahora á hacer sensibles sus pretensiones políticas y las de sus ministros.

Hablamos de sus pretensiones de ser propietarios, de ir á buscar ó de recibir á los grandes, (que son naturalmente los modelos de los pequeños) y á veces de ser grandes ellos tambien. El Soberano Pontífice de la Iglesia universal es al mismo tiempo rey de Roma, y ha habido y aun podria haber todavía obispos, duques y pares de Francia. Como esta ambicion ha llegado á ser, con el tiempo y con nuestras costumbres, un gran medio de proselitismo y de caridad, seria muy extraño que la ley de Dios la reprobese en si misma, y que al paso que pueden usurparla los súbditos para intereses particulares, le estoviesen vedada á la autoridad para el orden y el bien públicos!

De intento dejamos á un lado la ambicion que se ha atribuido á la autoridad católica de elevar, de manejar y de humillar á los príncipes, pues se prueba, con la historia de sus mismos enemigos en la mano¹, que si alguna vez ha tenido esta pretension sobre los reyes, solo la ha manifestado con respecto á los tiranos. Esta pretension que pudo

¹ Véase el § titulado los *Papas*, en la tercera parte de esta obra.

tener en la infancia social del cristianismo, seria, á sus propios ojos, un crimen hoy, y no conoce error mas imprudente ó calumnia mas páfida que atribuirselas.

Véasela, desde 1830, tolerar, reconocer las nuevas dinastías, *concordar* con ellas, dejar á los fieles en libertad de llenar, y aun recordarles su deber de sumision política, y decir á los franceses de Luis Felipe lo que san Pablo escribia á los Romanos de Neron: «¿Quereis no tener nada que temer de la potestad? Obrad bien.» — *¿Vis autem non timere potestatem? bonum fac.* XIII, 3.

¿Cómo habia de pensar la autoridad religiosa en usurpar las prerogativas de la otra autoridad? Esta tiene los atributos de la fuerza y el inexorable derecho de la espada: tiene las cargas, los rigores y por consiguiente los odios del gobierno de los hombres; el poder espiritual no tiene mas que la blandura.

La mas general de las consecuencias de la autoridad única y de su caracter esencial de infalibilidad, es digna de admiracion, y bastaria, ella sola, en caso de necesidad, para demostrar su verdad, y si nos es lícito decirlo así, su divinidad. Cómo lleva en si la demostracion de todas las otras verdades morales que pueden de esta suerte considerarse como verdades secundarias, dispensa al escritor político, y por consiguiente á todo el mundo, de esta demostracion, con lo que simplifica, en el mas alto grado, el sistema de la inteligencia y de la fe